

— No hay que reirse, amigo mío — le dijo. — Nunca sobran las precauciones, y hay que ponerse á cubierto de todas las contingencias; hay que guardar la pelleja, y hombre precavido vale por dos.

— Y bien; ¿qué tenemos? — preguntó Valle alegre.

— Usted mucho — le contestó. — Yo absolutamente nada. Pero convendrá que hablemos despacio.

— Hablemos — dijo el banquero.

El hombre alzó la mano, y señalando con el dedo la puerta que daba á la Caja, exclamó:

— ¡Qué mina! ¿Eh, Sr. de Valle-alegre? ¡Qué mina!

## CAPITULO XXVII

### ENTREVISTA

El banquero elevó el labio superior con desdeñosa indiferencia, dando á entender que no concedía gran importancia á los tesoros encerrados en su caja, y en seguida añadió:

— Supongo que no me habrá usted hecho abandonar á mis amigos para hablarme de mis millones.

— ¡Phs! — contestó. — No me atreveré á decir lo contrario, porque el mundo está montado de tal manera, que en todo asunto se encuentra siempre una miserable cuestión de maravedises.

— Muy bien; pero entre tanto, sepamos qué asunto es el que lo trae á esta casa á estas horas y en ese traje.

— Poco á poco, Sr. de Valle-alegre: estamos de pie, como si casualmente nos hubiéramos encontrado en medio de la calle; y de pie no se sostienen bien las conversaciones graves. Tengo, pues, el honor de invitarlo á usted á tomar asiento, es decir, espero que usted me conceda el honor de sentarme.

— Concedido — dijo el banquero, dudoso entre reirse ó impacientarse.

El hombre se sentó en la misma butaca de que se había levantado poco antes, y en la cual buscó la postura más cómoda.

— ¿Estamos ya? — preguntó Valle-alegre.

— Sí, señor; pero antes quisiera que usted también tomara asiento.

El banquero se encontraba, por lo visto, en un momento de condescendencia, y acercando una silla, se sentó junto á él preguntando:

— ¿Es esto?

— Eso es..., un poco más cerca..., así..., porque conviene hablar en voz baja para evitar que nos oigan.

Si los criados de la casa hubieran oído algo de este diálogo, y hubieran podido verlos al uno en una butaca como un rey, y al otro en la silla como un súbdito, habrían acabado de admirarse, y se habrían santiguado cayendo en la cuenta de que aquel personaje estrambótico no podía ser otro que el mismo Rothschild en persona.

El banquero dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla, y repasando las molduras del artesonado que cubría el techo, dijo:

— Veamos: ¿qué ocurre?

— Ocurre... ¡Phs! ¡Friolera! Pero vamos por partes. La demanda está presentada, y el pleito es ya inevitable.

Hizo Valle-alegre un gesto de indiferencia exclamando:

— ¡Oh! Ese suceso no tiene ya novedad ninguna; me consta desde el mismo momento en que fué presentado el escrito, y el terrible abogado — añadió sonriéndose — me lo anunció la noche antes en su propia casa.

— No obstante — replicó el hombre del gabán. — Todavía se habla mucho del asunto; la curiosidad pública ha vuelto á excitarse, y generalmente no se cree que Góngora, después de tanto tiempo y de tantas dudas, se haya metido tan resueltamente en un negocio sin éxito. De todas maneras, hay que convenir en que el golpe ha sido inesperado.

— Para el vulgo, que está dispensado de toda perspicacia, ha podido ser inesperado el caso; pero discurrendo un poco, se comprende que debía ser un caso previsto.

— ¿Previsto, eh? — preguntó el hombre de las gafas verdes, tosiendo debajo de la bufanda.

— Sin duda — contestó el banquero.

— Soy vulgo, Sr. de Valle-alegre, y no me explico el caso tan fácilmente.

Dejó el banquero de mirar al techo, para clavar los ojos en el semblante de su interlocutor, y si se propuso sorprender en él su pensamiento se llevó chasco, pues se encontró con la doble vuelta de la bufanda que cubría la boca, con los cristales verdes que cubrían los ojos y con el gorro negro que cubría la frente. Nada pudo sacar en limpio, y dijo:

— Góngora es más listo de lo que usted cree. Entre perder la fama de escrupulosa honradez que había logrado conquistarse ó perder el pleito, ha preferido perder el pleito.

— Muy bien discurrido — exclamó el hombre. — Eso convence á cualquiera, menos á los que se empeñan en creer que Góngora posee pruebas irrecusables.

— Hasta cierto punto son naturales esas suposiciones, sobre todo en los que tienen interés en que yo pierda el pleito; mas como carecen de toda fuerza legal, nosotros debemos reinos de ellas.

— Yo no me río, Sr. de Valle-alegre.

— ¿No?..

— No.

— ¿Por qué?..

— Porque me inclino á creer que no están destituidas de todo fundamento esas suposiciones.

— ¿Qué hay, pues?.. — preguntó el banquero, enderezándose bruscamente sobre la silla en que estaba sentado.

— Calma, calma. Yo tengo algunos motivos que me dan cierta seguridad de que, en efecto, hay pruebas.

— ¿Cierta seguridad?.. ¿Nada más que cierta seguridad?..

— Las malas noticias — contestó el hombre de la bufan-

da — hay que darlas con precaución. No es cosa de avocar el saco de golpe y porrazo. He dicho cierta seguridad; pues bien, hablemos propiamente: diré seguridad cierta... Viene á ser lo mismo.

— ¿Y qué pruebas son esas?.. — preguntó Valle-alegre.

— Yo soy algo curioso — siguió diciendo el hombre del gabán; — he hecho mis indagaciones, que no han sido infructuosas, y he llegado á convencerme de que son pruebas irrecusables.

— ¿En qué consisten?

— Consisten en dos cartas.

— ¡Dos cartas!.. ¿De quién?..

— De Mauricio Ripoll.

— ¡De Mauricio Ripoll!.. — exclamó el banquero. — ¿Y de dónde han salido esas cartas?..

Encogióse de hombros, y contestó sencillamente:

— No lo sé.

Valle-alegre se rascó la cabeza, repitiendo:

— ¡Dos!.. ¡Dos cartas!..

Luego arrugó el entrecejo, como quien reflexiona profundamente, y después exclamó:

— ¿Y qué diablos puede decir en esas cartas Mauricio Ripoll? Y diga lo que quiera, ¿qué fuerza pueden hacer las revelaciones de un hombre que tuvo que huir á América comido de deudas y perseguido por sus acreedores?.. Además, Mauricio Ripoll murió desastrosamente en un camino de hierro, en la Virginia..., y será curioso que un abogado tan famoso como Góngora se presente ante el tribunal, pidiendo contra mí un desatino y atestiguando con muertos. ¡Bah!.. Señor mío, las pruebas irrecusables no me parecen temibles.

— ¡Hum!.. ¿No le parecen á usted temibles? Lo mismo presumía yo..., y por lo tanto, no he querido aventurarme á esta entrevista sin pleno conocimiento de causa.

Diciendo esto metió la mano en el bolsillo, y sacó la envejecida cartera que ya conocemos, añadiendo:

— Usted mismo va á ver si las pruebas son temibles.

— ¡Admirable! — exclamó el banquero, clavando los ojos en la cartera. — ¿Trae usted ahí esas cartas de Mauricio Ripoll.

— Poco á poco — contestó abriendo la cartera. — Ya somos viejos, y no debemos andar tan de prisa. Aquí traigo algo de eso..., algo que una rara casualidad ha puesto en mis manos. Traigo, no precisamente las cartas originales de Mauricio Ripoll, sino las copias de esas cartas. Véalas usted, y juzgue por sí mismo de la gravedad del caso.

Al decirle esto le puso en las manos las copias que acababa de sacar de la cartera.

Valle-alegre las tomó con aire pensativo, y al empezar á leerlas no hubiera sido difícil descubrir en sus labios la expresión maliciosa de su habitual sonrisa. Le había acometido de pronto lo que los hombres avezados en los negocios llevan siempre en el pensamiento: la desconfianza.

Como debemos presumir, la persona con quien hablaba le era muy conocida; mas esto no era un obstáculo para que, como hombre *largo*, desconfiara de ella. Ya se ve, dos cartas de Ripoll, que de la noche á la mañana habían caído por la chimenea..., aquellas copias..., que después de todo, cualquier bribón podía haber inventado..., le parecieron razones bastantes para creer que se trataba de tentarle el bolsillo. Así es que se reía interiormente del chasco que se iba á llevar el autor de tan grosera tramoya.

Bajo la impresión de este agradable propósito comenzó la lectura de las cartas, y al poco tiempo su fisonomía se fué nublando... Conforme adelantaba en la lectura se aumentaba el creciente interés con que leía. De una copia pasó á otra; las leyó, las releyó, y cuando hubo terminado estaba pálido y trémulo.

Tosió dos ó tres veces el hombre del gabán, y dijo:

— ¿Qué tal?.. El tunante de Mauricio Ripoll ató muy bien los cabos, y he aquí el caso en que cualquier tribunal acabaría por dar completo crédito á las revelaciones hechas en esas cartas por un *perdido* que tiene que huir á América acosado por las deudas, y muere, al fin, desastrosamente. He aquí un muerto que habla, de modo que no será posible decirle: «Caballero, usted miente.»

El banquero se puso de pie, más pálido y más trémulo que antes, é inclinándose sobre su interlocutor, le preguntó con acento airado:

— ¿Es decir, que usted da crédito á las imposturas de que están llenas estas cartas?

¡Yo!.. — exclamó el buen hombre con natural asombro. — ¡Yo! ¿Y qué podría importarle á usted el crédito que yo dé á esas imposturas?.. Calma, Sr. Valle-alegre, calma. No se trata de mí, pobre gusano que se arrastra por la tierra; se trata de un tribunal que acaso no tenga los motivos que yo para apreciar debidamente la integridad, ¡qué digol!.., la honradez con que ha adquirido usted tan cuantiosas riquezas.

— ¿Y habrá un tribunal tan estúpido — replicó el banquero — que no vea en estas acusaciones la mano alevosa de una enemistad implacable, de un rencor ciego, de una venganza insensata?

— Sí, eso se descubre á primera vista; pero los tribunales saben que la enemistad, el rencor y la venganza suelen algunas veces decir la verdad. Y no nos alucinemos en asunto tan grave; el que habla en las cartas no es solamente un enemigo implacable, es, sobre todo, un cómplice. Se comprende perfectamente que el tal Ripoll era insaciable. Las deudas lo harían demasiado exigente, usted le cerraría el bolsillo, y el hombre reventó como una bomba. ¡Ay, señor Valle-alegre, no se puede jugar con los cómplices! O tal vez los remordimientos le hicieron descubrir al Ameri-

cano el rumbo desastroso que llevaban sus negocios. Suelen encontrarse ejemplos.

Valle alegre dió algunos pasos en diversas direcciones, como si buscara una salida. Aún quería asirse á la sospecha de que las cartas fuesen supuestas, mas había en el contenido de las copias pormenores tan íntimos que hacían indudable su autenticidad. No era esto sólo, sino que además conocía muy bien el estilo de su consocio, y no podía dudar de que aquel era el estilo de Ripoll... Tuvo que desechar la esperanza de la sospecha; por allí no encontraba salida.

— No — dijo al fin con violencia, como quien intenta forzar la puerta que le cierra el paso. — No; semejantes documentos no tienen el valor que les suponemos. Despiertan indicios, y si usted quiere, indicios vehementes; no constituyen la prueba plena que es necesaria. Hay que justificar lo que en ellos se dice... ¡Ah!.. Mauricio Ripoll me acusa... Bien..., que pruebe.

El hombre de la bufanda arqueó las cejas y le salió al encuentro, repitiendo:

— ¡Que pruebe!.. ¡Que pruebe!.. De eso ya se encargará Góngora. Y vamos, no se necesita mucha habilidad para conseguirlo... No nos obcequemos; las cartas de Ripoll son rayos de luz, que iluminan con toda claridad las obscuridades que acerca del asunto dejaban los documentos que forman el archivo testamentario del difunto Americano. La confianza puede perdernos. Pongámonos razonablemente en el verdadero punto de la cuestión, y demos el pleito por perdido... Ya sé que un abogado hábil tiene recursos para hacer interminable un litigio; pero Góngora, que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, hará prodigios de habilidad para impedir las dilaciones artificiosas; y en fin, aplazar no es resolver, y aquí urge parar el golpe con otro golpe.

El banquero se pasó la mano por la frente oprimiéndose las sienas, ni más ni menos que si quisiera exprimir toda

la substancia de su entendimiento. De pronto le acometió una idea súbita, y con acento imperioso dijo:

— ¡Como no están aquí las cartas originales de Mauricio Ripoll!

¡Ajajá!.. — contestó el hombre. — Eso es ponerse en buen camino... Sí, señor..., la cosa es evidente, apoderarse de esas cartas es destruir el ataque, es dejar al enemigo con un palmo de narices. La idea es excelente, pero no es fácil.

— ¿Por qué? — preguntó Valle-alegre.

— ¡Bah!.. Porque esa clase de documentos no se dejan al arbitrio del primero que quiera apoderarse de ellos.

— Sí — replicó el banquero; — pero si se han obtenido las copias, ¿cómo no han podido obtenerse los originales?

— ¡Ah! — exclamó el hombre de las gafas. — Una sustracción sería peligrosa.

— ¡Cómo!

— Ya sabe usted que el infeliz que ha conseguido una humilde colocación en el despacho de Góngora es un buen hombre, que se mata á trabajar para ir viviendo, y sustraídas las cartas, él sería objeto de las primeras sospechas, y por de pronto perdería el pan que honradamente gana para sus hijos.

— Yo — dijo el banquero — le aseguro desde ahora ese pan que honradamente gana.

— Eso es generoso, pero no sólo de pan vive el hombre. La sospecha mata...; todo se cree de un pobre, y el infeliz quedaría deshonrado.

Valle-alegre se mordió los labios, y él siguió diciendo:

— Y tal podrían venir las cosas, que se viera envuelto en una causa criminal, y entonces..., hombre perdido. Es un asunto muy delicado; se trata de un infeliz por quien vivamente me intereso; es para mí un caso de conciencia.

La palabra conciencia hizo asomar en los labios del banquero una amarga sonrisa.

— En ese caso — dijo — jugaré el todo por el todo.

Y paseándose á lo largo de la habitación, se decía á sí mismo:

— Un golpe de mano..., pondremos á César en campaña.

Luego fijó la mirada en la puerta de la caja, y añadió:

— Oro, oro.

Detúvose luego delante de su interlocutor, y se inclinó ligeramente. Le quería decir: «La entrevista ha concluído.»

El hombre del gabán, apoyando las manos sobre los brazos de la butaca, hizo un esfuerzo y se puso de pie, diciendo, no como el que replica, sino como el que reflexiona:

— Sí; los jueces al fin son hombres..., es cuestión de cantidad. Mas el escándalo que las cartas de Ripoll van á producir será inmenso. La opinión pública, indignada, fallará sin apelación y sin más pruebas en favor de la viuda y de la huérfana, y los jueces confirmarán esta sentencia por el temor de que se les acuse de haber sido sobornados. Es un mal negocio, muy malo, malísimo.

Como se ve, iba cerrando todas las puertas; parecía complacerse en acorralar al banquero, quitándole toda esperanza.

Éste, cansado de tan tenaz persecución, golpeó violentamente la alfombra con la planta del pie, indicio seguro de que se hallaba agotada su paciencia.

— No hay que desesperarse. Cuando se tiene á retaguardia una caja repleta de millones no falta nunca la victoria; el oro es invencible; con dinero y con talento se va al fin del mundo. ¿Qué tenemos? Poca cosa: la doble amenaza de un pleito y de un proceso. Pues bien; el golpe tremendo es volver contra nuestros enemigos el proceso y el pleito. ¿De qué manera? No es ciertamente intentando sobornar á los jueces ni sustrayendo esas malditas cartas. El medio es más sencillo, más original y más completo; consiste pura y simplemente en suplantar las cartas de Mauricio Ripoll.

Diciendo esto, fué á coger su sombrero que había dejado sobre una silla, y al volverse se encontró con los ojos de Valle-alegre que le dirigían una mirada atónita, é inclinandose añadió:

— No hay otro medio.

— ¡Suplantarlas! — exclamó Valle alegre. — No lo comprendo.

— Pues la cosa — replicó — es bien clara. Así como se han hecho esas copias, se pueden hacer otras que imiten la letra de Ripoll tan fielmente que se confundan con las cartas originales; hecho esto, se substituyen unas con otras, y siga el pleito.

El banquero abrió los ojos desmesuradamente, no porque veía mucho, sino porque no veía nada, y el hombre de las gafas verdes siguió diciendo:

— Llega el momento oportuno, y Góngora presenta las cartas de Ripoll, esto es, las cartas falsificadas, porque las originales están en nuestro poder. Nosotros ponemos en duda la autenticidad de esos documentos, y pedimos un reconocimiento pericial.

— ¡Y bien! — preguntó Valle-alegre.

— ¡Oh! — exclamó el buen hombre. — La falsificación está hecha de modo que no pueda advertirse ni sospecharse á primera vista; pero que en un examen pericial resulte clara la falsificación de la letra, y entonces Góngora es el que se encuentra perdido.

El banquero se dió una gran palmada en la frente, exclamando:

— ¡Magnífica idea!

— Magnífica, sí — añadió el autor, — pero cara.

— ¡Cara? — repitió Valle-alegre.

— Sin duda. Las cartas de Ripoll tienen en estos momentos un valor que no baja de doce millones: si á esto se agrega el gusto de envolver al Sr. Góngora en una causa

criminal, no hay verdaderamente dinero con que pagarlas.

El banquero se rascó suavemente la cabeza, preguntando:

— ¿Cuándo estarán aquí las cartas originales?

— Pueden estar mañana.

— ¿Mañana?

— Sí.

— Las espero.

— Vendrán.

El hombre del gabán se caló el sombrero, y se dirigió á la puerta por la cual salió majestuosamente.

Valle-alegre lo siguió con los ojos, y cuando oyó sus pasos en el vestíbulo, dijo para sí:

— Este bribón tiene talento. La idea es de primer orden. Confieso que no me hubiera ocurrido nunca. ¡Doce millones! Este perulario cree que los millones caen por la chimenea. ¡Pobrete! Vengan las cartas y luego hablaremos.

Por su parte el pobrete cruzaba el vestíbulo con todo el aire de un gran personaje. Los criados se descubrieron al verlo pasar, y hasta el portero le hizo su reverencia. Él ni siquiera se dignó mirarlos, y salió á la calle diciéndose por debajo de la bufanda:

— Ese tunante no tiene dos dedos de frente; creará que va á pagarme con cuatro cuartos. Pues se equivoca; ó suelta seis millones como seis soles, ó Góngora lo planta en presidio.

Dicho esto, apretó el nudo de la bufanda, metió las manos en los anchos bolsillos del gabán, se irguió como hombre que puede levantar la cabeza, y con paso seguro, como quien pisa en terreno firme, se alejó del palacio del banquero satisfecho de la entrevista.